

Breve historia del mundo para jóvenes lectores

Manfred Mai



Edición
ampliada
y renovada

PENÍNSULA ATALAYA

Manfred Mai
Breve historia del mundo
para jóvenes lectores

Traducción de José Luis Gil Aristo

ediciones península

Título original: *Weltgeschichte*

© Carl Hanser Verlag, Múnich, 2002, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2004

Primera edición ampliada: abril de 2016

© de la traducción del alemán: José Luis Gil Aristu, 2004

© de la traducción del alemán de los nuevos capítulos: Belén Santana López, 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., 2016

Diagonal, 662-664

08034 - Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

VICTOR IGUAL · fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B. 5.055-2016

ISBN: 978-84-9942-504-7

CONTENIDO

Prólogo	9
1. Los primeros seres humanos	11
2. De nómadas a agricultores	14
3. Grandes inventores y descubridores	16
4. Un pueblo inteligente	18
5. La primera maravilla del mundo	20
6. Una gran cultura a orillas del Indo	24
7. Un país gigantesco	28
8. Los cimientos del mundo moderno	31
9. El primer imperio mundial	36
10. Dos nuevas religiones: cristianismo e islam	44
11. Los carolingios	48
12. Arriba, abajo y abajo del todo	51
13. Cambio de milenio	55
14. ¿Quién ha de estar por encima de todos?	58
15. Guerras bajo el signo de la cruz	61
16. El ascenso de las ciudades	64
17. Un nuevo pensamiento	68
18. Un nuevo mundo	70
19. La escisión de la Iglesia cristiana	76
20. Guerras de religión en Europa	79
21. China y Japón se aíslan	83
22. « <i>L'État c'est moi!</i> »	86
23. El ejemplo de Inglaterra	90
24. Irrupción violenta en la modernidad	93

25. De los Habsburgo a los Hohenzollern	97
26. La era de la razón	100
27. ¿Un filósofo en el trono de Prusia?	102
28. ¡Hacia América!	105
29. Libertad, igualdad, fraternidad	110
30. Europa bajo Napoleón	117
31. La revolución industrial	121
32. Una respuesta a la «cuestión social»	125
33. América para los americanos	128
34. Esa colonia para ti, y ésta para mí	132
35. La esencia alemana será la salud del mundo	136
36. La catástrofe que dio a luz al siglo xx	138
37. El primer Estado socialista	144
38. Dos vías de escape de la dependencia colonial	150
39. ¡El enemigo está a la derecha!	153
40. Alemania se convierte en Estado caudillista	157
41. El delirio racial de Hitler	161
42. La guerra total	164
43. Formación de dos bloques enemigos	168
44. El equilibrio del terror	171
45. El «Tercer Mundo»	175
46. El conflicto de Oriente Medio	178
47. China, la nueva superpotencia	182
48. <i>Made in Japan</i>	186
49. Desintegración del bloque comunista	189
50. Camino de Europa	195
51. Estados Unidos, el autoproclamado «policía del mundo»	200
52. No hay paz a la vista	207
53. Crisis financiera, crisis económica mundial, crisis de la deuda pública	211
54. La crisis del euro	215
55. El despertar de África	218
56. El cambio climático	227
Índice temático	231

LOS PRIMEROS SERES HUMANOS

Nuestra Tierra tiene casi cinco mil millones de años. Desde hace tres mil millones hay vida sobre ella, y hace quince millones comenzó la evolución que llevó hasta la aparición del ser humano. Los pasos requeridos para que surgieran unos seres parecidos a nosotros fueron innumerables. Aunque en este terreno quedan por resolver aún muchas cuestiones, los científicos pueden esbozar a grandes rasgos esa evolución. Nada les ha ayudado tanto en esta tarea como ciertos hallazgos de huesos y utensilios.

Parece ser que los primeros seres «prehumanos» comenzaron a caminar de pie hace ya más de cinco millones de años. Al hacerlo, sus extremidades delanteras quedaron libres y pudieron evolucionar hasta convertirse en manos. El volumen del cerebro de esos seres vivos se triplicó durante los siguientes tres millones de años y los «prehumanos» se convirtieron en «protohumanos». Eran capaces de utilizar piedras y madera a modo de utensilios. Y como el material de esos instrumentos de los primeros humanos era la piedra, se denomina Edad de Piedra a los primeros 500.000 años de la historia de la humanidad.

Desde aquellos primeros seres humanos de la Edad de Piedra hasta el hombre moderno, llamado *Homo sapiens*, quedaba aún por recorrer un largo camino. Los primeros representantes de este nuevo ser humano y, por tanto, nuestros antepasados directos, fueron los llamados hombres del Cromañón. Se les puso este nombre por el lugar del suroeste francés donde fueron hallados; pero provenían de África. Unos 40.000 años antes se habían trasladado des-

de allí hasta Asia, Europa y —a través del paso terrestre existente aún entre Siberia y Alaska— América del Norte.

Los primeros seres humanos vivían en grupos —«hordas»— de 20 a 50 miembros como cazadores y recolectores. Se alojaban en cuevas, chozas sencillas de ramas o tiendas hechas de pieles de animales. Sin embargo, no las habitaban de forma permanente; al ser nómadas, seguían a los rebaños que les proporcionaban alimento y vestido y migraban coincidiendo con las estaciones. Eran más inteligentes que los «protohumanos» y cazaban con mayor habilidad: además de la lanza inventaron la flecha y el arco, excavaban trampas y apresaban animales salvajes con lazos. Sirviéndose de utensilios cada vez mejores, ahuecaban troncos de árboles y los utilizaban como botes. Pronto aprendieron a capturar también peces con lanzas y con las primeras redes. Como ya dominaban el arte de hacer fuego, podían asar carne y pescado y hacerlos así más comestibles. Al parecer, transmitían sus conocimientos y técnicas de trabajo de generación en generación. Así pues, podemos dar por supuesto que poseían un lenguaje bien caracterizado. La evolución precisa de ese lenguaje sigue siendo todavía un gran enigma científico. Lo que sí es cierto es que ese tipo de lenguaje fue la condición previa para regular la vida cotidiana en grandes grupos y mejorar aún más la colaboración entre sus miembros.

Hubo un momento en que los seres humanos no dedicaron ya todo su tiempo y fuerzas para cazar animales y recolectar frutos; en cualquier caso, desarrollaron cierto sentido para las cosas bellas. Elaboraron pulseras y collares con dientes, conchas y perlas, crearon figuras de piedra y hueso y ornamentaron sus armas y utensilios con relieves tallados. Así fue como aparecieron las primeras grandes obras de arte de la humanidad: las pinturas de un gran número de cuevas de Europa, por ejemplo las figuras de Lascaux, en Francia, y Altamira, en España, con sus 20.000 años de antigüedad. Nadie sabe con exactitud por qué crearon los seres

humanos esas figuras tan sorprendentes. Es posible que, representando a los animales, quisieran conseguir alguna fuerza secreta para tener éxito en la caza; quizá ejecutaban danzas de conjuro ante aquellas imágenes a la luz de antorchas para granjearse la amistad de sus diosas o dioses —si es que creían en tales seres—. Así lo suponen los científicos que estudian los orígenes de la religión. Lo deducen de la manera de enterrar a los muertos, sobre todo de los objetos hallados en las tumbas y que no pudieron haber tenido otra finalidad que proteger y acompañar a los difuntos. También lo deducen de ciertas obras artísticas que fueron creadas, muy probablemente, por motivos religiosos. Tal es el caso de la famosa Venus de Willendorf, interpretada —con mucho fundamento— como una diosa de la fertilidad. Y aunque esas interpretaciones vayan, quizá, demasiado lejos, no hay duda de que los creadores de la Venus de Willendorf y de las pinturas rupestres estuvieron estrechamente emparentados con nosotros.

DE NÓMADAS A AGRICULTORES

Los hombres del Cromañón vivieron durante la cuarta y última glaciación, cuando el hielo ártico cubrió extensas partes del hemisferio norte. Aquella glaciación fue la de mayor dureza, se prolongó durante más de 100.000 años y concluyó hacia el 10.000 antes de Cristo. El ascenso de las temperaturas había hecho que se derritieran los glaciares y dio lugar a un clima parecido al actual. Las condiciones climáticas fueron especialmente favorables desde la zona de la costa oriental del Mediterráneo hasta el actual Irán. Allí crecían, además de muchas otras plantas, cereales silvestres cuyos granos trituraban y comían los seres humanos. En algún momento, los hombres recogieron los más gruesos y sembraron cereales. Por aquellas mismas fechas comenzaron a domesticar animales salvajes, primero el lobo, al que transformaron en perro guardián y de caza, luego las cabras, las ovejas, los cerdos, las vacas y los caballos, que siguen siendo hasta hoy animales domésticos.

De ese modo, nuestros antepasados dejaron de ser nómadas cazadores y recolectores para hacerse agricultores sedentarios que practicaban el cultivo de los campos y la ganadería, construyeron chozas para resguardarse ellos y proteger a sus animales, roturaron extensiones de tierra cada vez mayores sirviéndose de herramientas constantemente mejoradas y trabajaron el suelo a fin de aprovecharlo para pastos y campos de cultivo. Aprendieron, además, a guardar provisiones y no vivir de un día para otro. Para ello construyeron almacenes. Y como aquellos edificios eran un objetivo provechoso para ladrones y salteadores, pero también para

animales salvajes, los agricultores construyeron sus chozas muy cerca unas de otras y levantaron vallas y muros. Así fue como surgieron las aldeas. Al ser continuo el suministro de alimentos, creció la población. Y como la agricultura y la ganadería eran menos laboriosas que la caza y la recolección de alimentos, los seres humanos dispusieron de más tiempo para mejorar los aperos de trabajo, los utensilios y las armas. Algunos demostraron ser más hábiles y creativos que otros en esa tarea, y con el tiempo se formaron «especialistas» en diversos ámbitos. Así fue como surgieron los primeros oficios artesanales.

Este proceso, iniciado en Oriente Próximo y difundido desde allí hacia África, Asia y Europa, duró unos cinco mil años. Comparado con los cambios ocurridos en tiempos anteriores, se desarrolló a un ritmo extraordinario. Por eso, y porque constituyó un cambio tan fundamental en las formas de vida, se habla de la «revolución del Neolítico». Fue una revolución que no alcanzó, ni mucho menos, a la totalidad de los seres humanos. El mundo siguió estando habitado por cazadores y recolectores en casi todas partes; y en algunas regiones remotas, incluso hasta nuestra época.

GRANDES INVENTORES Y DESCUBRIDORES

No sabemos cuál fue el procedimiento exacto que llevó a los hombres de la Edad de Piedra a descubrir nuevos materiales. Sólo podemos plantear hipótesis. Es posible que un niño que jugaba con un trozo de barro le diera forma esférica e hiciese rodar aquella bola tan cerca del fuego que ya no pudo recuperarla; luego, la madre o el padre del niño se dieron tal vez cuenta de que, debido al calor, la pella se había endurecido y se había vuelto impermeable; quizá, a continuación, moldearon ellos mismos otra bola de barro, la partieron, ahuecaron las dos mitades y la colocaron junto al fuego. Así fue como pudieron surgir los primeros recipientes de cerámica. O tal vez intervino alguna otra casualidad.

En excavaciones realizadas en el Oriente Próximo se han hallado recipientes de cerámica de 6.000 años de antigüedad modelados a mano. Por esas mismas fechas, los seres humanos descubrieron también allí el primer metal, el cobre. Y de nuevo el fuego tuvo una función importante en aquel descubrimiento. Alguien encendió, quizá, una hoguera sobre una roca cuprífera y vio luego en las cenizas unas bolitas rojas de cobre inexistentes allí hasta ese momento. Aquellas gentes se pusieron tal vez a pensar de dónde habrían salido las bolitas y aceptaron la posibilidad de que el fuego las hubiese extraído de la roca al quemarla. Es de sospechar que repetirían el «experimento» y aprendiesen, con el tiempo, a obtener de fragmentos rocosos un metal moldeable. Las cosas, no obstante, podrían haber sucedido, por supuesto, de manera totalmente distinta. No lo sabemos. Lo único que sí sabemos con certeza es que

los seres humanos descubrieron el cobre por entonces. No tardaron, sin embargo, en darse cuenta de que el cobre era demasiado blando para fabricar utensilios y armas y se embotaba enseguida. Así pues, buscaron algún metal más duro, encontraron el zinc y lo alearon con cobre. De ese modo apareció el bronce, más duro, que fue durante todo un milenio el principal material trabajado por el ser humano y del que forjaron hachas, hoces, cuchillos, ganchos, cinceles y agujas cuyas formas básicas no han cambiado hasta hoy. También elaboraron espadas, puñales, puntas de lanza y escudos de bronce. Y múltiples adornos y hasta instrumentos de viento.

La demanda de bronce creció constantemente, pero el cobre y el zinc no se hallaban en cualquier parte ni se obtenían en cantidades suficientes. Tampoco los forjadores vivían siempre junto a los yacimientos, donde no tardó en aparecer la minería, primero a cielo abierto y luego, también, bajo tierra. Una vez obtenidos los metales, había que llevarlos hasta los forjadores para su elaboración, y los productos fabricados debían transportarse desde allí hasta el cliente. Comenzó así el comercio con materias primas y mercancías. El medio más sencillo era el transporte por mares y por ríos, pues ya se conocían las balsas y los botes. El transporte de bienes pesados por vía terrestre era más difícil y fatigoso. Es probable que se realizara un sinnúmero de pruebas y de errores hasta que alguien —quizá muchos a la vez— tuvo la ocurrencia decisiva: ¡la rueda! Pronto circularon de un lugar a otro las primeras carretas. Y como las ruedas necesitaban un suelo plano para poder rodar bien, se eliminaron de sendas y caminos las plantas y las piedras y aparecieron las primeras carreteras. El incremento del comercio, practicado a veces a largas distancias, puso también en marcha un intercambio de ideas desconocido hasta entonces. Los saberes y las técnicas nuevas se difundieron más deprisa y más lejos que nunca. Así, en el Oriente Próximo, la Edad de Piedra llegó a su conclusión a pasos de gigante.